LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 2

¡BLITZY Y EL PASEO QUE LLEGÓ DEMASIADO LEJOS!

UNA PANADERÍA. UNA BICICLETA. OTRO CONTINENTE.



Basada en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 2

¡Blitzy y el paseo que llegó demasiado lejos!

UNA PANADERÍA. UNA BICICLETA. OTRO CONTINENTE.

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Dos bollos

En Goldhain había distancias que se medían en metros y distancias ante las que Blitzy decía: «Eso está aquí al lado». Entre ambas categorías solía haber varios pueblos, un malentendido y al menos un objeto que ella no poseía al comenzar el viaje.

Sin embargo, aquel sábado por la mañana el problema descansaba sobre la mesa de la cocina con tanta tranquilidad que ni siquiera una persona prudente habría encontrado motivos para preocuparse. Era una nota. Decía: dos bollos, un poco de mantequilla si estaba de oferta y, por favor, no volver otra vez con un hornillo de camping.

Blitzy leyó la lista, terminó su café y miró por la ventana. La panadería estaba al final de la calle. Desde la puerta de casa se veía su toldo a rayas. Cuatro minutos a pie, si una se comportaba de manera razonable. Quizá dos en bicicleta.

«Iré en bici», anunció Blitzy sin dirigirse a nadie en particular.

Se colocó las gafas de sol en el moño rubio ceniza, comprobó que el colgante con forma de aro estuviera en su sitio y sacó la bicicleta del patio. En la cesta había una bolsa de tela, un poncho para la lluvia cuidadosamente doblado y una llave inglesa cuya presencia no podía explicar, pero que le resultaba tranquilizadora.

La mantequillera se quedó sobre la mesa del desayuno. Todavía estaba cerrada.

Diez minutos después, Blitzy ya no se encontraba en Goldhain.

I. El desvío



Delante de la panadería había una valla roja y blanca. Al otro lado, un hombre con ropa de trabajo estaba arrodillado junto a un agujero en el pavimento del tamaño aproximado de un plato de sopa.

«Tubería de agua», explicó cuando Blitzy frenó.

«¿Tengo que rodear?»

El hombre señaló un cartel amarillo. Una flecha apuntaba a la izquierda. Alguien había dibujado debajo, con tiza, una segunda flecha hacia la derecha. Una tercera flecha, serrada a partir de un trozo de madera y fijada a una farola con una confianza extraordinaria, señalaba de frente a través de un arco de rosas.

«El desvío oficial es por la izquierda», dijo el trabajador.

Blitzy estudió las tres posibilidades. A la izquierda, una calle estrecha pasaba entre las casas. A la derecha se iba a la plaza del mercado. De frente había un camino por el que nunca había circulado. Pasaba entre dos jardines y desaparecía tras una fila

de castaños viejos.

«¿Y ese?»

El trabajador miró la flecha de madera como si la viera por primera vez. «Esa no es nuestra.»

Aquello no era una advertencia. Al menos para Blitzy, era una recomendación con un seductor toque de misterio.

Hizo sonar una vez el timbre, atravesó el arco de rosas y gritó por encima del hombro: «¡Vuelvo enseguida!»

El camino era agradable. Los pájaros cantaban, el sol se filtraba entre las hojas y, detrás de cada curva, la panadería parecía estar a una sola curva más. Entonces la carretera empezó a descender. Primero con suavidad; después, con decisión. Blitzy dejó de pedalear. El viento tiró de los mechones sueltos y la bicicleta desarrolló esa animada iniciativa que muestran las máquinas en cuanto sospechan que el ser humano ha renunciado a su puesto de mando.

«Muy bien», dijo Blitzy, inclinándose sobre el manillar. «Entonces iremos rápido.»

II. La colina interminable

La colina resultó ser una cordillera disfrazada con buenos modales.

Blitzy pasó a toda velocidad junto a unos huertos, un campo de ovejas muy sorprendidas y una señal en la que Goldhain quedaba a su espalda. Delante aparecían lugares cuyos nombres solo conocía de los partes meteorológicos. Los frenos funcionaban. Eso era reconfortante. Aun así, no los usó de inmediato, porque la carretera estaba despejada y la mañana era tan luminosa que cualquier precaución parecía una interrupción innecesaria.

Después de cinco minutos, el asfalto se convirtió en adoquines. Cinco minutos más tarde, los adoquines dieron paso a una carretera rural. Cuando por fin frenó, el aire olía a sal.

Blitzy apoyó un pie en el suelo y miró por encima de un muro bajo. Debajo se extendía un puerto. Los barcos se mecían entre los muelles. Las gaviotas daban vueltas sobre los puestos de pescado. Un cartel mostraba el nombre de una ciudad costera situada a casi dos horas de Goldhain en tren.

Sacó la lista de la compra. Dos bollos. Mantequilla, si estaba de oferta. Nada de hornillos de camping.

El viento había rasgado un borde, pero por lo demás la lista parecía asombrosamente indiferente a los acontecimientos.

«Bien», dijo Blitzy. «Entonces compraré los bollos aquí.»

La primera panadería del puerto estaba cerrada. La segunda solo vendía empanadas de pescado. En la tercera, una mujer detrás del mostrador explicó que los bollos se habían agotado por una fiesta portuaria. Le recomendó un obrador al otro lado del agua.

«¿Está lejos?», preguntó Blitzy.

La mujer señaló un ferri que acababa de bajar su rampa. «Aquí al lado.»

Blitzy sonrió. Por fin alguien que describía las distancias de manera sensata.

III. El documento oficial del desayuno

Delante del ferri había un hombre de barba gris con una gorra adornada por una pequeña ancla. Revisaba los billetes con la solemnidad de alguien a quien hubieran confiado personalmente la responsabilidad del océano.



«Billete», dijo.

Blitzy se palpó los bolsillos. Encontró dos monedas, una brida, un botón y la lista de la compra.

«Solo voy a la panadería.»

El hombre tomó la nota. La leyó de arriba abajo, le dio la vuelta y examinó el reverso en blanco.

«¿Mantequilla solo si está de oferta?»

«Tengo instrucciones claras.»

«Ya lo veo.»

Sacó de la chaqueta un sello pesado y lo estampó en una esquina del papel. La marca mostraba una ola, un faro y una fecha. Después le devolvió el documento.

«Cubierta dos. Asegure la bicicleta.»

Blitzy estuvo a punto de preguntar si aquello servía de verdad como billete. Pero detrás ya esperaba una familia con tres maletas, y el hombre se había vuelto hacia el siguiente pasajero.

En cubierta, Blitzy apoyó la bicicleta en la barandilla. El puerto se alejó. Los tejados se hicieron pequeños, las gaviotas ruidosas y el agua inesperadamente grande. Sostuvo la lista sellada a contraluz.

«No parece muy internacional», murmuró.

Un marinero que estaba a su lado se echó a reír. «Hoy el ferri hace la ruta larga.»

«¿Hasta dónde llega?»

Él señaló el horizonte. Allí solo había mar.

«Con escala.»

En ese preciso momento, la costa desapareció tras ellos entre la bruma.

IV. La ruta larga

El ferri era más pequeño que un crucero y más grande que todas las decisiones que Blitzy había querido tomar aquella mañana. Transportaba camiones, bicicletas, un autobús lleno de senderistas y dos marineros que enseguida advirtieron que Blitzy era incapaz de quedarse quieta.

Recorrió la cubierta, ayudó a una señora mayor a liberar el asa atascada de una maleta y usó su llave inglesa para reparar el timbre suelto de la bicicleta de a bordo. Después regresó a la barandilla.

El mar era gris azulado e interminable. El viento olía a sal y aceite de motor. Blitzy pensó en la mesa del desayuno. Probablemente alguien ya se habría comido la mantequilla sin pan. Tal vez alguien habría ido al supermercado. Eso sería práctico, pero narrativamente muy flojo.

«No parece que esté mareada», dijo uno de los marineros.

«Solo estoy sin pan.»

Él asintió como si se tratara de una emergencia marítima bien conocida. Después señaló un pasillo estrecho que rodeaba la cubierta superior. «Una vuelta en bicicleta dura dos minutos con el mar en calma.»

Blitzy lo miró. Él le devolvió la mirada. El segundo marinero sacó un cronómetro.

No fue una competición oficial. No había línea de salida, ni reglas, ni autorización. Aun así, al poco tiempo doce pasajeros aplaudían al mismo ritmo mientras Blitzy cruzaba la cubierta, tomaba una curva alrededor de un banco y esquivaba a una gaviota que había malinterpretado su papel de comisaria de carrera.

Ganó por poco al marinero, que no tenía bicicleta y por eso empujaba un carrito de equipaje.

«Nuevo récord de a bordo», anunció después el responsable del ferri sin sonreír.

Y estampó un segundo sello en la lista de la compra.

V. La otra orilla

La escala estaba en una costa que no solo tenía otro aspecto, sino también otro sonido. Las campanas repicaban en un idioma que Blitzy no entendía. En el muelle, los comerciantes pregonaban sus precios y sobre los tejados ondeaban banderas de colores con los que no había contado aquella mañana.

«¿Qué país es este?», le preguntó al responsable del ferri.

Él pronunció un nombre.

Blitzy necesitó un instante. Después levantó la lista sellada. «¿Puedo entrar con esto?»

El hombre examinó sus dos sellos. «Para dos bollos, bastará.»

La rampa descendió. Blitzy empujó la bicicleta hasta tierra firme. Detrás de ella, el ferri zarpó casi de inmediato, pues no regresaría hasta la noche.

El mercado comenzaba en el mismo puerto. Había telas colgadas entre las casas, especias en sacos abiertos y jarras de cobre que brillaban al sol. Olía a café, frutos secos tostados y pan caliente.

Blitzy siguió el aroma.

Preguntó a un frutero por una panadería. Él explicó el camino con ambos brazos y tres fuentes. Una vendedora de alfombras lo contradijo y añadió una torre. Un anciano delante de un puesto de especias trazó una espiral en el aire con un dedo. Un burro observó la escena y parecía ser el único que conocía la ruta, aunque prefería no intervenir.

Diez minutos después, Blitzy estaba de nuevo en el punto de partida.

«Perfecto», dijo. «Al menos ahora sé dónde estoy.»

VI. El mercado de las siete direcciones

Blitzy empezó a combinar las explicaciones. Tomó la primera fuente del frutero, la torre de la vendedora de alfombras y la espiral del anciano. El resultado la condujo por un callejón donde los alfareros apilaban sus mercancías, a través de una plaza pequeña y bajo un balcón del que colgaba ropa como si fueran adornos de fiesta.



El olor a pan se hizo más intenso.

Después volvió a perderlo cuando un tostador de café abrió la puerta.

Blitzy se detuvo. El café no figuraba en la lista. Por otra parte, la lista ya era un documento de viaje sellado, y los documentos de viaje debían permitir cierto margen de libertad.

El hombre puso delante de ella una taza diminuta. El café era tan fuerte que, durante un instante, Blitzy recordó acontecimientos que todavía no habían sucedido.

«¿Panadería?», preguntó.

El hombre señaló al burro, que acababa de aparecer al final del callejón. De su arnés colgaba una cesta llena de harina.

Blitzy lo siguió.

El burro caminaba despacio, pero con decisión. Giró dos veces a la izquierda, una a la derecha y se detuvo frente a una discreta puerta de madera. Detrás repiqueteaban bandejas de horno. El aire cálido salía por una rendija y transportaba el aroma claro e inconfundible del pan recién hecho.

Blitzy se llevó una mano al corazón. «Eres un profesional.»

El burro aceptó el reconocimiento sin parecer modesto.

VII. La panadera tras la puerta azul

El obrador era pequeño y caluroso. Había cestas junto a las paredes, tortas de masa sobre una mesa y una mujer de cabello plateado y brazos fuertes trabajando delante del horno.

Blitzy levantó la nota. «Dos bollos.»

La panadera no entendió las palabras, pero sí el número. Blitzy mostró dos dedos y dibujó una forma redonda con las manos. La mujer colocó dos panes pequeños sobre la mesa. Blitzy asintió entusiasmada.

Después señaló la línea de la mantequilla. Aquella conversación duró más. Incluyó una vaca, un gesto de untar y una representación de las ofertas que consistió, sobre todo, en que Blitzy se encogiera de hombros y señalara sus monedas con expresión interrogante.

La panadera se rio, envolvió un trozo de mantequilla salada y tomó exactamente las monedas que Blitzy tenía. Después le regaló una tercera torta de pan, todavía caliente, para el viaje.

Blitzy la puso en la cesta de la bicicleta. El vapor subió entre los radios.

«¿Al ferri?», preguntó mientras dibujaba un barco en el aire.

La panadera tomó la bolsa de papel y trazó un mapa con carbón. La línea atravesaba el mercado, cruzaba un puente y seguía la costa. En un extremo dibujó una concha.

Blitzy se lo agradeció. La mujer señaló la bicicleta, luego a Blitzy y después el sol que se ponía. Su cara decía con total claridad: Vete ya.

Por primera vez aquel día, Blitzy consideró urgente una indicación.

VIII. El puente de las cabras

El mapa de la bolsa era preciso siempre que se aceptara que las casas eran triángulos y las carreteras serpientes. Blitzy encontró el puente. También encontró las cabras que lo ocupaban.

Eran siete. No formaban un rebaño, sino una administración. La más grande estaba en el centro y controlaba el paso.

Blitzy hizo sonar el timbre. No ocurrió nada.

Acercó la bicicleta. La cabra la miró. Blitzy sostuvo su mirada.

«Tengo que llegar al ferri.»

La cabra masticó.

Blitzy enseñó la lista sellada. La cabra no se mostró impresionada. Entonces descubrió la torta caliente en la cesta.

«Esa es para el viaje.»

La cabra adelantó una pezuña.

Siguieron unas negociaciones que ningún manual diplomático había previsto. Blitzy entregó un pequeño borde de la torta. La cabra más grande lo probó. Después se apartó. Las demás siguieron su

ejemplo, aunque solo después de que cada una recibiera un trozo todavía más pequeño.

Blitzy cruzó el puente con unas provisiones de viaje considerablemente más ligeras.

En el otro extremo se volvió. La cabra más grande había recuperado su posición en el centro y la observaba alejarse.

«Atraco en carretera», dijo Blitzy.

La cabra masticó.

IX. Contrarreloj

En el puerto, la rampa del ferri ya estaba levantada a medias.

Blitzy salió del último callejón, vio el barco y pedaleó con todas sus fuerzas. La cesta botaba sobre los adoquines, los panes saltaban dentro de su bolsa y el colgante golpeaba contra su camiseta. El responsable del ferri estaba en lo alto de la rampa y levantó una mano.

Durante un instante terrible, Blitzy creyó que se despedía.

Entonces gritó algo que el viento se llevó y señaló el hueco que se estrechaba.

Blitzy tomó impulso.

No fue un salto sobre un abismo. Habría unos treinta centímetros. En los recuerdos que Blitzy contó más tarde, se convirtieron primero en dos metros, luego en tres y, con el tiempo, un frente de tormenta llegó a desempeñar un papel importante. En realidad, la rueda delantera superó el borde, un marinero agarró el portaequipajes y Blitzy acabó de pie sobre la rampa.

«Puntual», dijo el hombre.

«Casi.»

Tomó la lista, estampó un tercer sello y se la devolvió.

«¿Qué significa este?»

«Viaje de regreso con productos de panadería.»

Blitzy apoyó la bicicleta en la barandilla. La costa extranjera se alejó. En la cesta había dos panes, una torta empezada y mantequilla que, para sorpresa de todos, sí había estado de oferta.

La misión estaba completa.

Casi.

X. La travesía nocturna

Durante el regreso, el mar se oscureció. Aparecieron luces en la costa, primero aisladas y después formando cadenas. Los pasajeros guardaron más silencio. Hasta las gaviotas habían terminado su jornada.

Blitzy se sentó en un banco junto a la bicicleta y se comió el último trozo de las provisiones. El marinero del cronómetro se sentó a su lado.

«¿Solo iba a la panadería?», preguntó.

«Sí.»

«¿Buena panadería?»

Blitzy examinó la bolsa. «Amplia zona de influencia.»

El marinero asintió. Al cabo de un rato le regaló una concha pequeña que había encontrado en el muelle. Blitzy se la guardó en el bolsillo. Pensó en la mañana, en la panadería al final de su calle y en el agujero del pavimento. El día podría haber terminado en cuatro minutos. En cambio, su lista tenía tres sellos y olía a



mar.

No se arrepentía de nada. Sin embargo, decidió que en futuros recados llevaría algo más de dinero.

Cuando el ferri llegó al puerto de origen, la oscuridad era total. La colina que Blitzy había bajado a toda velocidad por la mañana la esperaba ahora en dirección contraria.

Detuvo la bicicleta a sus pies y miró hacia arriba.

«Naturalmente», dijo.

XI. El camino de vuelta sube

Cuesta abajo había parecido libertad. Cuesta arriba era geografía.

Al principio, Blitzy empujó la bicicleta. Después pedaleó diez metros. Luego volvió a empujar. Los panes desprendían su aroma desde la cesta y le recordaban a cada paso por qué estaba allí.

La luna colgaba sobre los campos. Las ovejas de la mañana descansaban ahora en la hierba y observaban a Blitzy con esa aprobación silenciosa que solo poseen las criaturas que no tienen que subir ellas mismas una colina.

A mitad de camino, se sentó junto a la carretera. Sacó la concha del bolsillo y se la acercó al oído. El rumor interior se parecía sospechosamente al ferri.

Se detuvo una furgoneta de reparto. El conductor conocía Goldhain y se ofreció a cargar la bicicleta detrás. Blitzy se lo agradeció, pensó durante un instante y rechazó la ayuda.

«¿Por qué?», preguntó él.

Ella miró hacia la cima. «Porque mañana diré que hice todo el camino.»

El conductor aceptó la explicación. Le dio una botella de agua y siguió su ruta.

Blitzy alcanzó el punto más alto poco antes de medianoche. Delante se extendía Goldhain, silenciosa y cálidamente iluminada. Por supuesto, la panadería del final de la calle estaba cerrada. La valla había desaparecido. El agujero del pavimento estaba reparado.

No quedaba ni rastro de la flecha de madera.

XII. El último atajo

A la entrada del pueblo, Blitzy podría haberse limitado a seguir la calle principal. Conocía cada farola, cada bache y el punto exacto en que, por la noche, empezaba a percibirse el olor de la panadería de Goldhain. Pero en el primer cruce había un cartel: CALLE CORTADA. TRABAJOS NOCTURNOS.

A su lado, una flecha pequeña indicaba una calle lateral.

Blitzy se detuvo. La flecha era oficial, estaba impresa con pulcritud y era completamente razonable. Precisamente por eso no se fiaba. Miró la larga colina a su espalda y luego el camino oscuro que pasaba entre los jardines.

«Solo este último atajo», dijo.

El camino terminó cien metros después frente a una verja cerrada. Detrás estaba el trabajador de la mañana. Llevaba un termo y vigilaba una extensión de asfalto fresco que había crecido hasta alcanzar el tamaño de una mesa de comedor.

«Ha tardado bastante», dijo.

Blitzy apoyó la bicicleta. «El desvío era internacional.»

El hombre miró la cesta, los rastros de sal marina en el cuadro y la nota con tres sellos que sostenía Blitzy. Decidió no hacer más preguntas. En lugar de eso, abrió la verja y la guio por un patio estrecho que desembocaba directamente en su calle.

La panadería estaba enfrente, oscura y silenciosa. La luna se reflejaba en el escaparate.

«La flecha de madera de esta mañana», dijo Blitzy. «¿Quién la puso?»

El trabajador desenroscó la tapa del termo. «¿Qué flecha de madera?»

Blitzy miró hacia el arco de rosas. De la farola solo colgaba un trozo de cuerda. Sonrió. Algunas preguntas perdían valor en cuanto una intentaba conocer la respuesta con demasiado empeño.

Empujó la bicicleta al otro lado de la calle. Esta vez sí quedaban solo unos metros.

Final - Todavía calientes

La luz de la cocina estaba encendida. Tres personas se sentaban a la mesa ante platos vacíos y con esa clase de paciencia que, pasado cierto tiempo, se convierte en interés científico.

Blitzy abrió la puerta, metió la bicicleta y dejó la bolsa sobre la mesa.

«Se habían quedado sin bollos», dijo.

Nadie respondió de inmediato.

Sacó dos panes planos que, a pesar del largo viaje, todavía estaban un poco calientes. Luego la mantequilla. Por último, dejó al lado la lista de la compra llena de sellos.

«¿Eso es un sello de entrada al país?», preguntó alguien.

«Técnicamente, son tres.»

Blitzy se sentó, sacó la concha del bolsillo y la examinó bajo la luz de la cocina. En la manga llevaba polvo del mercado, en el pelo sal y, pegada a la bicicleta, una hoja que no crecía en Goldhain.

Abrió el primer pan. De su interior salió vapor.

«¿Ha merecido la pena?»

Blitzy untó mantequilla, dio un mordisco y pensó en el descenso, el ferri, el burro, la panadera y las siete cabras del puente.

«El desvío estuvo bien», dijo.

A la mañana siguiente, colocó una pequeña placa encima de la bicicleta. Decía: SOLO PARA IR A LA PANADERÍA.

Debajo, en letras más pequeñas:
PREFERIBLEMENTE EN EL MISMO CONTINENTE.